



Capítulo 309 - ¿Qué pasó con el casi apocalipsis?

Vergil se apoyó en el borde del balcón del colosal edificio, con los brazos cruzados, mientras observaba las chimeneas a lo lejos, que expulsaban humo denso hacia el cielo carmesí del Mundo Demonio. Las tuberías cruzaban avenidas recién pavimentadas, y las estructuras metálicas brotaban como hongos entre los restos de ruinas encantadas. El sonido del progreso resonaba como un corazón metálico latiendo en el pecho de la ciudad.

"Esto parece una revolución industrial. Como la de Francia", comentó, siguiendo con la mirada a un demonio que trabajaba como albañil en una obra cercana.

Sephirothy estaba de pie junto a él, apoyada en la barandilla de adamantina negra, fumando un cigarrillo con una de esas advertencias sobre el cáncer de pulmón que todos ignoran. Llevaba un vestido negro ceñido a sus curvas, innegablemente sexy. Su mirada se perdía en el horizonte con la mirada cansada de alguien cuya mente vagaba lejos de allí.



"Están evolucionando. Necesitan hacerlo. Crecimiento rápido, desordenado, inevitable. Caos intentando caminar en línea recta", murmuró, exhalando humo con la gracia exhausta de una diosa que había visto civilizaciones surgir y arder mil veces.

Vergil arqueó una ceja. "¿Y esa cosa de ahí? ¿Esa monstruosidad colosal y puntiaguda en medio de la ciudad? Parece una torre gótica con un complejo penitenciario."

Sephirothy dio una larga calada, entrecerrando los ojos. «Es una prisión. Con el aumento de población e influencia, ya no se puede controlar todo solo con



miedo y chismes. Hay que institucionalizar el castigo... darle al terror un rostro civilizado».

Vergil la miró de reojo. "¿Así que esto era lo que estabas manipulando mientras desapareciste?"

"Una parte", respondió ella, inmóvil, como si la brisa se llevara sus pensamientos lejos. "Organizar jerarquías, gestionar revueltas, interferencias externas, gestionar nuevas leyes... Algunas reuniones con archiduques despistados. Y algunos... asuntos personales."

Vergil la miró fijamente durante unos segundos, luego, con expresión neutra, le arrebató el cigarrillo de los labios y lo arrojó al balcón con un movimiento rápido.

Sephirothy giró la cabeza tan lentamente como una puerta antigua al abrirse. Sus ojos siguieron la trayectoria del cigarrillo como si estuviera viendo a un ser querido siendo arrojado por un precipicio. Giró tres veces en el aire antes de caer en espiral, desapareciendo con un leve brillo.



Parpadeó. Le tembló la mandíbula. "Mi.... cigarrillo..."

Vergil sonrió con sorna, secamente. "¿Vas a hablarme o a seguir escondiéndote tras el humo y las frases cortas?"

Respiró hondo. De esos que mueven las placas tectónicas. Se pasó una mano por la cara lentamente, como si intentara quitarse siglos de cansancio pegados a la piel.

—Has crecido demasiado, ¿lo sabías? —murmuró, sin su sarcasmo habitual.



"Crecí en el vacío que dejaste", respondió. No había amargura en su voz, solo un tono seco y objetivo.

Sepphirothy le dio la espalda al paisaje urbano. Sus ojos se encontraron con los de él por un instante, y en ese instante pareció menos un Demonio Primordial y más una madre que soportaba el peso de diez mundos sobre sus hombros.

"Estoy cansada, Vergil", admitió, apenas en un susurro, como si cada sílaba tuviera que ser extraída de un lugar al que ni siquiera ella sabía cómo llegar. "A veces... desearía que alguien más pudiera contener toda esta mierda, aunque solo fuera por un minuto".

Vergil guardó silencio un momento. Ese silencio que no pesa, sino que acoge. Luego la miró con ojos firmes, sin ironía.

—Entonces no hagas nada —dijo simplemente, como si la respuesta hubiera estado ahí desde el principio—. Siéntate. Respira. Deja que te aleje de todo esto, aunque sea por una noche.

Ella no respondió. Solo dejó escapar un suspiro largo y prolongado, como si intentara exhalar siglos de expectativa entre dientes.

Continuó, más ligero ahora, tratando de aliviar el peso invisible que ella llevaba.

—La verdad es que sé que hay cosas que no quieres contarme. Y no pasa nada. No te presionaré. Pero... ¿de verdad te sigue importando todo esto? —Señaló la ciudad, los edificios, los engranajes cósmicos girando sin descanso—. O sea, te veo menos ahora que cuando trabajabas doble turno en Pizza King. Y entonces tenías tres ojos y atendías diez pedidos a la vez.





Él rió entre dientes, intentando arrancarle la más mínima sonrisa. Pero solo consiguió otro de esos suspiros, de esos que pesan más que un planeta muerto.

Vergil la observó durante unos segundos, y entonces un pensamiento lo golpeó, como una espada demasiado fina para ver, pero lo suficientemente afilada para cortar profundamente:

Nací de su esencia. Y desde que despertó ese lado demoníaco de nuevo... se ha distanciado. Fría. Metódica. Casi como si intentara protegerme de algo. O peor aún... como si yo fuera la causa.

Aun así, sonrió. No por sarcasmo, sino por ternura. La que solo los niños que han visto la guerra en los ojos de su madre pueden ofrecer.

Suavemente, le tocó el rostro. Su piel, la misma que podía resistir meteoritos y dioses vengativos, tembló bajo la tierna mano de su hijo. Por un instante, el tiempo no se detuvo porque tuvieran que luchar... sino porque por fin era seguro sentir.



"¿Quieres ir a comer pizza?" dijo en un tono casi infantil, como si la estuviera invitando a faltar a clase con él.

Sephirothy parpadeó. Esos ojos, antiguos y eternos, parpadearon, como si intentaran recordar qué se sentía al decir que sí a algo sencillo.

Cerró los ojos. Una comisura de su boca finalmente se levantó.

—Solo si es ese que odias. Con piña y tocino —murmuró con la voz ronca y un sentido del humor oculto.



Vergil fingió ofenderse. "Eres un monstruo, ¿lo sabes?"

—Soy el monstruo, cariño —dijo ella, ya empezando a caminar a su lado, con su capa ondeando con un poco menos de peso.

—Ah, cierto. Ciertamente. —Vergil hizo una pausa, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados con curiosidad—. Entonces... ¿adónde enviaste a Raphaeline y a Cabernet después de nuestro pequeño incidente casi apocalíptico?

Sepphirothy no lo miró directamente, solo dejó escapar una risa suave y traviesa, como si recordara un muy buen chiste interno.

—Ah, ¿ellos? Están... aprendiendo el valor de la convivencia sana —respondió con una dulzura tan forzada que era prácticamente una provocación.

Vergil arqueó una ceja. "Los encerraste, ¿verdad?"

"'Prisión' es una palabra muy fea", replicó con una sonrisa peligrosamente encantadora. "Prefiero decir que están asistiendo a un retiro obligatorio de crecimiento emocional".

"...Encarcelaste a las reinas demonios."

En una celda mágica con barreras antiteletransportación, runas de contención y un encantamiento que reproduce música de ascensor si empiezan a pelear. Pero míralo por el lado positivo: es una gran publicidad. —Abrió los brazos teatralmente, como si estuviera desvelando un escenario—. Incluso las reinas demoníacas pueden ser encarceladas. Da una agradable sensación de "nadie está por encima de la ley", ¿sabes? Una democracia infernal.





Vergil la miró con una mezcla de fascinación y exasperación. «Literalmente convertiste una venganza personal en propaganda de Estado».

"Gracias", dijo, fingiendo emocionarse, dándose unas palmaditas en el pecho. "Lo intento".

"¿Y cuál es el plan? ¿Mantenerlos encerrados hasta que aprendan a abrazar sin provocar un colapso dimensional?"

[Célula Arcano-Correctora, Ciclo 2, Día 4] (O, como escribió Cabernet en el diario: "El día que consideré convertirme en vapor solo para dejar de escuchar la voz de Raphaeline.")

La celda tenía todo lo que una auténtica prisión infernal reformista necesitaba: paredes encantadas con runas brillantes, cero privacidad, una mesa de café forjada con huesos de basilisco reciclados y, por supuesto, el maldito diario de coexistencia, que se reescribía cada vez que alguien intentaba mentir.



Cabernet yacía boca arriba sobre una especie de colchón místico flotante, haciendo girar una pluma entre los dedos con puro aburrimiento. Raphaeline, sentada con las piernas cruzadas en la esquina opuesta de la celda, escribía cuidadosamente en el diario con una caligrafía tan perfecta que rozaba la exasperación.

"¿Escribiste que yo empecé la pelea?" dijo Raphaeline de repente, sin levantar la vista.

—Fuiste tú quien empezó —respondió Cabernet con el tono de alguien que había perdido la discusión cientos de veces y ya no le importaba.



—¡ME LLAMASTE REINA FALSA! —espetó Raphaeline, con la pluma temblando en la mano.

"¿Estaba mintiendo?" Cabernet arqueó una ceja. "Heredaste el trono. Yo gané el mío con sangre. Literalmente."

"¡Robaste tu trono después de envenenar a tu hermana durante una ceremonia de coronación!"

—Detalles. —Cabernet chasqueó la lengua, fingiendo que se pulía las uñas con el borde de la pluma—. La política se trata de resultados.

Raphaeline dejó caer el diario con un suspiro dramático. "¿Por qué eres tan insoportable?"

Cabernet sonrió con picardía. "Porque funciona".

Silencio.

Entonces el encanto ambiental entró en acción: una versión instrumental lenta y repetitiva de 'Formal Banquet Songs: Volume II' comenzó a resonar en las paredes de la celda.

Ambos se estremecieron.

—Maldita sea —murmuró Cabernet—. La runa se activó de nuevo. Encantamiento de tensión hostil...

"Cinco minutos de música de ascensor infernal", gruñó Raphaeline, tapándose los oídos.





"Podrías simplemente admitir que estás equivocado", dijo Cabernet, tratando de sonar casual mientras su cordura se filtraba por sus oídos.

"¡PODRÍAS DEJAR DE RESPIRAR POR LA NARIZ COMO UNA ARPÍA CON SINUSITIS!"

"... ¡Guau! ¡Qué creativo! Casi me ofendo."

La música se hizo más fuerte.

Ambos se desplomaron en el suelo al mismo tiempo, con los brazos abiertos y mirando fijamente el techo encantado.

"Lo voy a perder", murmuró Raphaeline.

"Ya lo hiciste", respondió Cabernet. "Ahora es solo un descenso a niveles más profundos".

Silencio.

Hasta que Rafaela dijo:

"... ¿Sabes dibujar?"

Cabernet giró la cabeza, desconfiada. "¿Y ahora qué? ¿Me vas a retar a un duelo de garabatos?"





—No. Es solo que... el diario requiere un dibujo al día... —Señaló la página mágica, donde habían aparecido letras en llamas—.

"Usen el arte para mostrar cómo se sienten el uno por el otro hoy".

Cabernet suspiró. Agarró la pluma. Garabateó algo con furia. Luego la levantó: un pequeño demonio vomitando arcoíris mientras sostenía un cartel que decía "Lo estoy intentando".

Raphaeline lo miró, sorprendida... y soltó una risita. Una risa de verdad.

"Es bastante lindo", admitió.

"Lo sé", dijo Cabernet, arrojando la pluma de nuevo a la mesa. "Soy un genio. Ahora dibuja tú".



Rafaela pensó un momento. Luego dibujó un corazón roto... siendo cosido con una aguja en llamas.

Cabernet lo miró fijamente unos segundos. Luego asintió levemente.

"Está bien. Puntos por el drama visual."

Se quedaron sentados en silencio por un rato más.

La música se detuvo.

Cabernet cerró los ojos. "Quizás no tengamos que odiarnos todos los días".

—Quizás... —murmuró Raphaeline, arreglándose el pelo—. Pero mañana será otro día.

